



N.o 45

Para todos



\$ 1.20





PARA TODOS

M.R.

REVISTA QUINCENAL

Santiago de Chile, 25 de junio de 1929
AÑO III NUM. 45
Es propiedad de la Empresa «Zig-Zag» perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo



Desde Hollywood.

Especial para "PARA TODOS"

La Personalidad Artística de Don Alvarado

Por CARLOS F. BORCOSQUE.

¡Don Alvarado! Reminiscencia de heroicas guerras españolas, en los tiempos de la conquista, trae este nombre genuinamente español, entremezclado a los apellidos sajones, germanos y judíos de los astros hollywoodenses. Don Alvarado es mejicano... y es norteamericano. Nació en Albuquerque, provincia que fuera de Méjico y que hoy pertenece a los Estados Unidos. Nació cuando ya la ley decía que "nuevo Méjico" era americano, pero cuando aún la sangre latina palpitaba en cada hogar. Tiene, pues, la mezcla, el sentimentalismo y el espíritu soñador de todos los que provienen de tierras de conquista y de disputas, — como los alsacianos o los taceños — con la sola diferencia de que las fecundas tierras de nuevo Méjico, hoy americanas, no conservan odio hacia el triunfador. Y tienen razón: la vida es apacible, agradable y más moderna bajo la nueva nacionalidad. Y por eso en Albuquerque y en todas esas tierras sus habitantes dicen, con entusiasmo, que son americanos-mejicanos, lo que es, en buenas cuentas, el primer paso hacia la supresión de fronteras que tarde o temprano verán las generaciones futuras.

Dionisio Alvarado es un muchacho muy joven, que apenas ha cruzado los veinte años. Dejó el hogar materno para venir a Hollywood a triunfar con su tipo latino puro, de ojos negros y pelo ensortijado. Y triunfó.

Conocí a "Don" hace un largo año atrás, cuando filmaba "La batalla de los sexos", bajo la dirección de Griffith. Fuese el idioma o fuese la raza, fuimos buenos amigos desde el primer instante. Me contó su vida con simpleza, sin dar importancia a su esfuerzo, hablando más del destino que de los méritos.

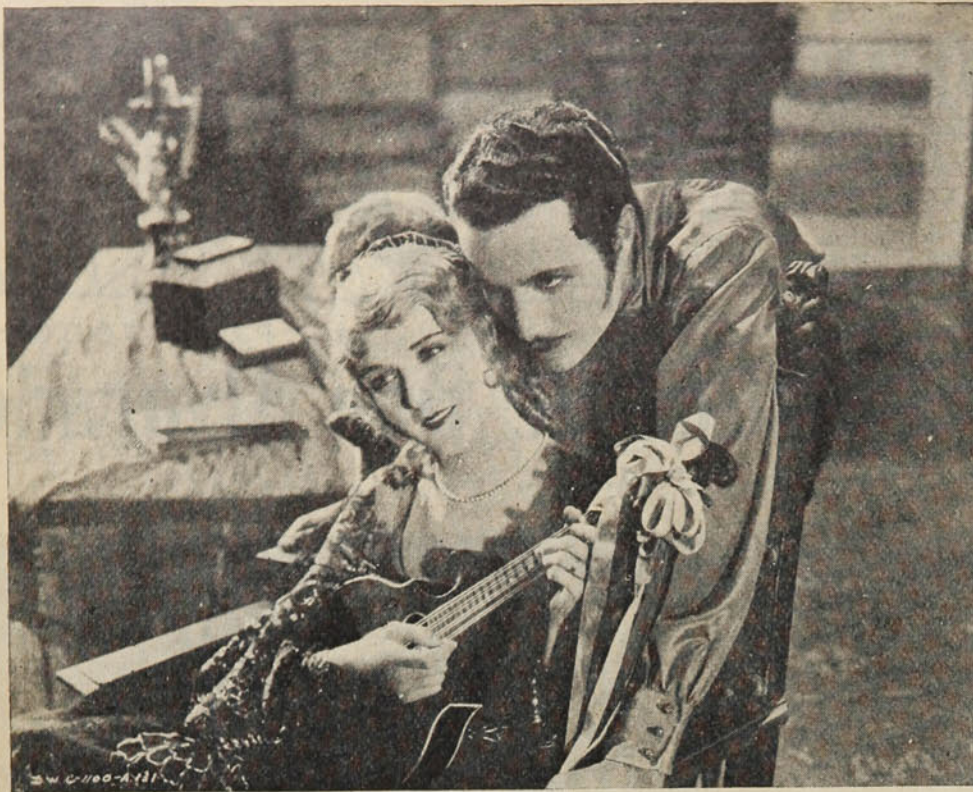
—Trabajé mucho de extra — me dijo, — y era natural, porque no tenía experiencia, ni figura para exigir más. Esos años duros para mí — porque yo no quería pedir ayuda a mi casa, — me fueron muy útiles. Me hice hombre y aprendí a actuar.

La entrada de Don Alvarado al rango de actor, es en cierto modo pintoresca.

Estaba ya el joven mejicano aburriéndose de su vida de extra, perdido entre las multitudes, cuando Rodolfo Valentino pidió por la prensa un muchacho que tuviese exactamente su cuerpo y su estatura, a fin de usarlo como "doble", no para filmar,



Un magnífico momento de "El puente de San Luis Rey", que parece un verdadero cuadro: Lily Damita y Don Alvarado, interpretando a "La Perricholi" y a Manuel Cordillero.



Otra interpretación de "Don" en "Tambores del amor", junto a Mary Philbin.

si no para que lo reemplazara mientras se preparan las luces y se enfocan las cámaras en cada escena. Del centenar que se presentaron, ninguno correspondía en medidas tan exactamente con "Rudy" como Don Alvarado. Fué aceptado e interrumpió, pues, su carrera de actor para pasar a ser un "doble", que debía dejar el puesto al héroe cuando las manillas de las cámaras comenzaban a girar.

Había días en que "Don" se sentía desalentado. ¡Triste porvenir el suyo, después de haber venido a Hollywood a triunfar como actor! Pero tenía un amigo en esos casos: el propio Valentino, de quien el actor mejicano conserva el más afectuoso recuerdo. Le daba ánimos, le golpeaba el hombro con afecto, le contaba sus años de miseria para hacerle ver cómo todo cambia en la vida a fuerza de perseverancia. ¡Llegarás, muchacho — le decía — espera y confía!

Confío, esperó, y el triunfo hubo de venir por fin. Alguien preguntó quién era ese joven moreno que reemplazaba a Rudy, y a los pocos días Don Alvarado tenía un contrato en el bolsillo. Después vinieron los primeros pequeños triunfos: su rol de "leading-man" junto a Dolores del Río en una cinta hoy día viejísima, — "El honor de mi mujer", o "El tálamo roto", que ha sido presentada recién, ahora "como la última producción de Dolores del Río". Después de ese trabajo obtuvo "Don" el rol de Don José en "Carmen", la española de Raoul Walsh, y por último un magnífico contrato con Artistas Unidos, donde aún permanece como uno de sus mejores actores.

* * *

Don Alvarado—por si sus admiradoras no lo saben— es casado, y feliz por añadidura. Tiene también una hijita, que es todo su encanto. Y su amor de padre se podría probar por el enterneamiento con que habla y se refiere a los niños. Una tarde en que almorzábamos en el comedor de los estudios de Metro Goldwyn Mayer, tocó la casualidad de que leyésemos en un diario de la mañana, el trágico caso de una niña que por tercera vez había sido llevada a un hospital a consecuencias de las heridas que su propia madre le causara, castigándola. La autoridad había decidido finalmente quitar la niña del lado de una mujer de tal crueldad, y buscarle un tutor.

"Don" se enterneció.

—Esta tarde voy a ir a pedirla— decidió, — así mi hijita tendrá una compañera.

Y fué, decidido a adoptarla, pero llegó tarde; otra persona había venido antes.

Hay detalles que bastan para formarse la opinión de un corazón humano.

* * *

La carrera artística de Don Alvarado es corta: nueve películas en tres años. "El honor de mi mujer", "Carmen" y "Habla el mono", en los estudios de Fox durante 1926; "Amanecer en París" y "Tambores del Amor", en Artistas Unidos durante 1927; "La batalla de los sexos", en Artistas Unidos, "El Apache", y "La dama escarlata" en Columbia Pictures, y "El puente de San Luis Rey", en Metro Goldwyn Mayer, durante 1928. He allí su hoja de servicios cinescos. Cuando preparábamos la filmación de "El puente de San Luis Rey", el director Brabin recorría conmigo la lista de los actores jóvenes

de Hollywood de tipo latino. Cada día probábamos a varios: William Collier Jr., Johnny Mack Brown, Charles Delaney, Carol Nye, Ivan Lebedeff y muchos otros pasaron ante el lente, pero ninguno dió tan exactamente el tipo soñador de un sudamericano, como Don Alvarado. Fué elegido, encontrándose en Duncan Renaldo el "hermano mellizo" que el tema exigía; el resto del parecido fué obra de un hábil "make-up". Y así Don Alvarado pasó a interpretar el rol más importante de su carrera, arrendado por Artistas Unidos a Metro Goldwyn Mayer.

* * *

Don Alvarado, a pesar de ser joven, tiene un espíritu serio, tranquilo, casi tímido. Rara vez se le ve en fiestas; prefiere su casa, los suyos sus libros y su radio. Algunas veces toma su auto y se va con su familia al balneario de Aguas Calientes, en Tijuana, Méjico, a pasar un día al aire libre. Pero estando en Hollywood, Don Alvarado está invariablemente en su casta española de Beverley Hills o en la mansión mejicana de Dolores del Río en Outpost Drive, tras el Teatro Chino, sobre las lomas vecinas al Boulevard Hollywood. "Don" tiene una admiración que es casi una adoración por su compatriota, cuyo arte y cuyo talento ensalza con entusiasmo, dando un hermoso ejemplo de solidaridad de raza.

* * *

A la hora del almuerzo nos reuníamos cada día para comer juntos en una pequeña mesa del célebre "comedor de las estrellas", de Metro Goldwyn Mayer. Le encantaba hacer recuerdos de su tierra, de su familia, de las costumbres de su niñez. Cuando algún extraño se acercaba a nuestra mesa, daba el carácter misterioso a la charla, para que se nos creyese muy embutidos en algún asunto importante y no se nos importunase. Y en aquel ambiente lujoso y lujurioso, donde cada mesa era un nombre famoso—John Gilbert, Greta Garbo, Norma Shearer, Lewis Etone, Cecil B. de Mille, Conrad Nagel, Joan Crawford, Lon Chaney y tantos más —nosotros nos alejábamos conversando, de Hollywood, para volver a los tiempos que pasaron.

—Cuando estaba en Albuquerque junto a mi madre— me decía él—soñaba con venir a Hollywood. Ahora sueño con ir a Albuquerque a ver a mi madre.

* * *

Hay rasgos que prueban un carácter, como hay gestos que muestran un corazón. En cierta ocasión. "Don" me contó simplemente un caso que acababa de ocurrirle.

Un pariente lejano habíase llegado hasta él a pedirle ayuda.

—Como tú eres famoso—le dijo—te es muy fácil pedir que me den trabajo todos los días como extra. No sé si serviré para actuar, pero es lo de menos... si tu quieres ayudarme.

—Detesto pedir favores—le dijo "Don"— y menos aprovecharme de mi situación para exigir algo, que no pediría ni para mi hijo. Si quieres trabajar busca una industria que te guste, y yo te presto el capital para que la instales. Pero no trabajes de extra, si



Una escena llena de belleza y ambiente colonial, entre Don Alvarado y Lily Damita, en "El Puente de San Luis Rey", de Metro-Goldwyn-Mayer, cuya dirección técnica estuvo a cargo de nuestro colaborador don Carlos F. Borcosque.

no tienes condiciones, ni me hagas pedir servicios.

En todas sus actuaciones anteriores, Don Alvarado había tenido roles livianos, de buenmozo, de muchacho de mundo. Sólo en esta película, en “El puente de San Luis Rey”, se puso a prueba ampliamente su fibra emotiva. El rol de Manuel Cordillero, difícil y doloroso, le dió ocasión para dar el máximo de su capacidad trágica.

Dos escenas a través de toda la cinta, fueron particularmente trágicas y terribles. En ambas Don Alvarado dejó establecido su alma de artista y su temperamento.

En una de ellas, actuando junto a Lily Damita, una frase intrusa de él debía provocar la furia de “La perricholi”, y darle ésta, en pleno rostro, una feroz bofetada. Habíamos ensayado cuidadosamente el trozo, suprimiendo, por supuesto, el golpe, que se dejaría para el momento de la acción.

—Y el gesto, después del golpe, debe ser de estupor, de acción contenida, de desesperación interior al ver la imposibilidad de vengar, en una mujer, esa ofensa; de dolor al haber sido así ofendido por aquélla a quien se adora: todos estos sentimientos deben terminar en lágrimas de impotencia.

Don Alvarado estuvo de acuerdo con las instrucciones.

—Allá veremos — dijo — haré lo posible.

Y siguiendo un gesto nervioso ya proverbial en él, golpeó las palmas de sus manos como lo hace cada vez que va a comenzar una escena de difícil realización.

La escena se filmó. Furiosa, como una gata salvaje, con el rostro lívido, Lily Damita, espléndida en su interpretación de la bailarina, dió el golpe. El gesto de “Don” cambió: la lucha interior, revelada en las comisuras de sus labios, en las aletas de su nariz, en la mirada ahora vidriosa de sus ojos, continuó hasta explotar: los ojos del actor se llenaron de lágrimas de furia, mientras su boca se contraía trágicamente.

Fué magnífico. Dióse la orden de cortar, y “Don” en vez de permanecer junto a la cámara, pareció huir a pasos precipitados fuera del set. Corri-



Don Alvarado, tal como apareció en “La batalla de los sexos”, de Artistas Unidos.

mos hacia él. Se paseaba nervioso, golpeando sus manos, aún lloroso. Al vernos, pareció volver en sí.

—No me costó llorar — explicó — porque sólo la sensación de que alguien me abofeteaba el rostro y yo no podía contestar, fué suficiente para revolverme la sangre.

Cuatro veces más se repitió la escena. A la quinta vez, ya “Don” no podía más. Sus nervios estaban agotados por el sufrimiento interior.

—Siento la humillación de que me peguen — me decía — como si no fuese ficción.

Lily Damita vino coquetamente a excusarse.

—¿Pegué muy fuerte? ¡Perdon, “Don”!

Y le dió cinco sonoros besos en el carrillo para hacerse perdonar los golpes. Luego fuimos a la escena siguiente — el beso de ella — y el mal momento anterior se transformó en un rato de alegría. También se repitió cinco veces, pero esta vez nadie dijo ¡basta!, salvo el operador.

La segunda escena fué “su muerte” en brazos de su hermano Esteban. La agonía debía ser larga y trágica, agotado por la fiebre. Durante dos largos días Don Alvarado debió permanecer todas las horas de trabajo acostado en el lecho, con el pelo en desorden y el gesto extraviado. A cada nueva escena que avanzábamos, el “make-up-man” debía ir aumentando la sensación de debilitamiento y de fiebre en los labios, en las cuencas de los ojos y en la nariz. A la hora del lunch, ambos días, Don Alvarado decidió no abandonar la cama.

—Cortaría la sensación de decaimiento en que me he colocado — nos decía — y prefiero permanecer aquí en silencio. Así

me siento “más enfermo”. Las escenas del delirio fueron terribles. Agarrando a su hermano terriblemente, sacudiéndolo, con los ojos salidos de las órbitas, gritaba desesperadamente dándose la sensación trágica interior que necesitaba. Después de cada escena debíasele dejar descansar durante algunos minutos: pedía un poco de leche para suavizar su garganta, y permanecía como adormecido, sacudido aún el pecho por las convulsiones simuladas un momento antes. Por fin llegamos a “la muerte”. La escena sería muy simple.

Al sentirse agotado, sin poder ver casi, Manuel Cordillero debería llamar a su hermano Esteban y pedirle que le abrazara. Al hacerlo, éste le besaría también. Y ese beso debía producir lágrimas de ternura en el moribundo y su muerte a la vez: sus lágrimas serían como su última señal de vida interior.

Las cámaras estaban listas. Nadie se movía ni hacía ruido alguno en el set. “Don” pidió que tocasen para él “Out of the dusk to you”. Y en seguida cerró sus ojos y se preparó, rogando que esperasen un momento. Duncan Renaldo, sentado en la cama junto a él, esperaba también.

—Deme su mano — le dijo “Don”.

—Y tomando la mano del “hermano” comenzó a acariciarla suavemente.

—Estoy listo — agregó a media voz.

Las cámaras comenzaron a girar casi en silencio. Esteban pasó su brazo alrededor del cuello de su hermano y lo besó con unción: los ojos del moribundo parecieron dilatarse de emoción y dos gruesas lágrimas rodaron lentamente, permaneciendo en seguida las pupilas con la fijeza de la muerte. La escena continuó un instante: todos sufríamos la emoción del momento.

Luego vino la orden de cortar, y el terrible trabajo de aquel día terminó. Don Alvarado tenía aún sus ojos llorosos y rojizos cuando le acompañé aquella tarde a su camarín.

—¿Cómo hizo usted para llorar al tocar la mano de Renaldo? — le pregunté.

—¡Oh, muy simplemente! ¡Cerré los ojos y pensé en mi madre!



Durante la filmación de “El Puente de San Luis Rey”, en los estudios de Metro-Goldwyn-Mayer. A la izquierda: Don Alvarado y su secretario. A la derecha, Ernest Torrence; tras él, el director técnico de la cinta, don Carlos F. Borcosque, y uno de los cameraman del estudio.

Exija
películas
de esta
marca



Son las
mejores
del
mundo

Y charlando alegremente desaparecida ya la impresión dolorosa, marchamos hacia Hollywood, donde le dejé ocupado en comprar juguetes para su hijita.



Don Alvarado, según la pluma del famoso dibujante norteamericano, John Decker.



Don Alvarado en su caracterización militar en "Los Tambores del Amor", junto a Lionel Barrymore.

He ahí, rápidamente esbozada, la personalidad sentimental de Don Alvarado, un muchacho joven con hermosa figura de latino, que va por el camino ascendente de la gloria cinesca, durísimo camino que le ha costado largos años de sacrificio, de lucha, de privaciones y de estudio, y en el que está encontrando, por fin, el premio a su esfuerzo. Ser artista de cine no es difícil para muchos: ser buen artista es privilegio de algunos.

U N A L E C C I O N

Gastón y Lucía riñen. Gastón ha provocado la discusión; lo sabe, y no está seguro de que tiene razón. Tal vez por eso alza la voz cada vez más.

—Me molestas, Lucía —grita, — y no quiero perder más tiempo en discusiones inútiles. Por fortuna, no estamos casados, y ahora mismo me marchó de esta casa. ¡Adios!

En la calle murmura: "¡Esto se acabó!"

Al cabo de un momento, piensa: "En el fondo Lucía no es mala. Pero no comprende que cuando estoy excitado no se debe llevarme la contraria."

Poco después se pregunta: "¿Qué voy a hacer ahora? ¿Subir a casa y perdonar a Lucía? ¿Seguir enfadado?"

Claro es que si no estuviera seguro del amor que le profesa su amiguita, no vacilaría. Pero sabe que Lucía lo adora, y esta seguridad lo hace dudar.

—Sí; lo mejor es no transigir. Pasaré unas cuantas horas fuera de casa, para que esté preocupada preguntándose dónde estaré a estas horas. Así sabrá las

consecuencias de reñir conmigo y esto le servirá de lección.

* * *

Gastón ha llegado a un jardín y se sienta en un banco, en el que están dos muchachas muy bonitas. Y oye lo siguiente:

—Entonces Ernesto se arrojó llorando a mis pies, suplicándome que no fuera a Caen a ver a mi madre, y que lo dejara para el mes que viene, pues para entonces pediría permiso en la oficina y me acompañaría. Comprenderás que lo he mandado a paseo. He dicho que iría a Caen la semana que viene, y no renuncio a mi viaje. Ernesto se opone a que vaya, porque es muy celoso, y tiene miedo a dejarme sola. ¡Que se fastidie! Créeme; para dominar a los hombres hay que llevarles la contraria y tenerlos siempre celosos. ¡Y si vieras lo que me río interiormente cuando lo veo a mis pies llorar y suplicar!... ¡Qué hombres!

La muchacha se encoge de hombros y lanza una carcajada. De pronto mira el reloj y se levanta precipitadamente del asiento:

—¡Las cinco! ¡Y yo que estoy citada a las cinco y cuarto en la plaza de Clichy con un buenmozo que me siguió ayer! Vámonos.

Gastón, sólo en el banco, exclamaba: —¡Qué mujer!

A los cinco minutos se levanta y abandona el jardín.

¿Cree que ya ha pasado el tiempo suficiente? ¿Ha olvidado que hace diez minutos había decidido estar fuera de casa unas horas para dar una lección a su amiguita?

El caso es que se dirige apresuradamente a su domicilio.

—Sí; es lo mejor — piensa. — Si la pequeña me pide humildemente perdón cuando me oiga abrir la puerta, y estoy seguro que lo hará, la perdonaré en seguida. Para lección ya es bastante.

Y añade:

Soy demasiado bueno, no cabe duda. Y cuando uno es así, no puede uno ser malo, aunque se empeñe. ¡Qué suerte ha tenido Lucía al tropezar conmigo!

MAX Y ALEX FISHER.

P E N S A M I E N T O S

Los días con sus horas, la vida entera, no han de traernos nunca lo que no hayamos puesto antes nosotros; su tela se va tejiendo con hilos de nuestro corazón; como los hilos en la tela; como somos nosotros va siendo nuestra vida.

Jacinto Benavente.

Para aceptar el mal que nos hacen, necesitamos comprender que es nuestro castigo, el castigo de un mal que hemos hecho; no sabemos comprender que el mal que nos hacen sin haberlo merecido, el mal que nos-

otros hacemos a quien no lo merece, es casi siempre la venganza del mal que otros hicieron.

Jacinto Benavente.

Para realizar algo grande en la vida, hay que destruir la realidad; apartar sus fantasmas que nos salen al paso; seguir como única realidad el camino de nuestros sueños.

Jacinto Benavente.

La mujer, a menos de ser una hembra

imbécil, se seduce tanto por el cerebro como por el corazón y los sentidos.

Henri d'Almeras.

El hombre que esconde dentro del propio seno las perlas y las piedras preciosas y que entierra su talento no ama a su familia.

Kao-Ton-Kia.

Donde falta el corazón no hay con qué suplirlo.

Michelet.

Las grandes pasiones prueban más a favor del que las resiente que del que las inspira.

Lingüé.